

Semana del 11 al 17 de marzo de 2024

“Llamado A Vivir En Paz Y Armonía Con El Próximo”

Lectura Bíblica: Romanos 12: 18 al 21. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.

Comentario general del contexto bíblico: *No es venganza sino hacer lo correcto (Romanos 12:17–19)*

Ahora Pablo regresa a las relaciones con los no cristianos. Se dirige a cómo el pueblo de Dios debe responder al maltrato y la persecución, ordenando: “No paguen a nadie mal por mal”. Esta es la otra cara del versículo 9, “aborrezcan el mal”. Cuando los no salvos hacen lo que es malo para nosotros, no debemos tratar de desquitarnos de ellos. En el versículo 14, Pablo les dijo a sus lectores que “bendigan y no maldigan”, y aquí deben negarse a tomar represalias de cualquier manera. Si los creyentes hacen esto, no nos convertimos en mejores que el autor de esa mala acción. Cristo rechazó esta actitud de ojo por ojo (Mateo 5:38–39; Pablo bien puede aludir a eso aquí), al igual que la iglesia primitiva (1Ts 5:15; 1Pe 3:9). Cristo mismo proporcionó el modelo perfecto en su negativa a “no replicaba con insultos; cuando padecía, no amenazaba, sino que se entregaba a aquel que juzga con justicia” (1 Pedro 2:23).

Luego, Pablo presenta el lado positivo: “Procuren hacer lo bueno delante de todos”. El verbo traducido “procuren” significa “pensar de antemano” y requiere pensar cuidadosamente y prestar atención a lo que es correcto hacer cuando enfrentamos maltrato o engaño por parte de alguien. Debemos hacer no solo lo que sabemos que es correcto, sino también lo que “todos”, incluidos los propios opresores, saben que es correcto. Pablo puede estar aludiendo a Proverbios 3:4, “Contarás con el favor de Dios y tendrás buena fama entre la gente”. Nuestra respuesta siempre debe ser tomar el camino alto. Como en 1 Pedro 2:12, nuestros calumniadores “observen las buenas obras de ustedes y glorifiquen a Dios en el día de la salvación” como resultado de esto. Nuestra actitud los condenará, luego los convencerá y finalmente los convertirá.

Algunos han dudado de la traducción NVI aquí, ya que aparentemente tiene incrédulos que proporcionan el estándar para las actitudes cristianas. Prefieren traducir “hacer lo correcto para todos” en lugar de “delante de todos”. Sin embargo, es mejor dejarlo como está. Esto no significa que los no salvos establezcan el estándar, sino que lo que hacemos es reconocido por todos, incluidos los no creyentes, como un comportamiento perfecto.

En el versículo 18, Pablo continúa ordenando acciones que elogiarán los no creyentes a los creyentes. Si “procuren hacer lo bueno delante de todos”, naturalmente “vivirán en paz con todos”. Una vez más, como en los versículos 14 (bendiga a los perseguidores) y el versículo 17 (venganza), aquí también tenemos un dicho en el cuál Jesús reflexionó, a saber, Marcos 9:50 (“vivir en paz unos con otros”) y Mateo 5:9 (“Dichosos los que trabajan por la paz”). El tema de las relaciones pacíficas con los demás es frecuente en las Escrituras.

Pablo se da cuenta de que no siempre es posible en un mundo caído mantener relaciones armoniosas, por lo que menciona: “Si es posible, y en cuanto dependa de ustedes”. Todo lo que podemos hacer es tratar de vivir en paz con los demás; no podemos forzar la paz en aquellos que están empeñados en el conflicto. No podemos “vivir en paz” a menos que nuestros vecinos lo quieran tanto como nosotros. El mismo tema de esta sección supone que a menudo no será posible que la paz reine por mucho tiempo. Si nuestros vecinos deciden odiarnos y tomar medidas contra nosotros, no hay nada que podamos hacer al respecto, excepto asegurarnos de que ninguno de los culpables de su odio recaiga sobre nuestros hombros.

En los versículos 17–19, el desafío positivo (a la paz) ocurre en medio, y está rodeado por ambos lados de la exhortación a no buscar venganza. Pablo regresa a ese tema en el versículo 19, “No tomen venganza”. Este es un mandato difícil, porque los seres humanos, por su naturaleza, se enfrentan unos contra otros, y todos a menudo queremos desquitarnos. Israel, como muchas naciones en el mundo antiguo, estableció “ciudades de refugio”. Estos eran lugares de asilo donde aquellos que habían matado accidentalmente a alguien podían evitar daños mientras se solucionaba la situación. La Torá estipulaba que en algunos casos un asesino podía ser ejecutado por un “vengador” (Nm 35:19–21; Dt 19:12), un miembro de la familia de la víctima elegida para ejecutar a la parte culpable. En caso de muerte accidental, la ciudad de refugio protegió al perpetrador de este vengador. Las cosas cambiaron con el advenimiento de Cristo. En lugar de venganza personal, el pueblo de Dios ahora debe “dejar el castigo en las manos de Dios”, el tema en Romanos 1:18; 2:5, 8; 3:5; 5:9; y 9:22. La palabra correcta en el versículo 19, “dar lugar a la ira”, por lo que es posible que Pablo esté hablando de nuestra propia ira o incluso la de nuestro enemigo, pero eso es dudoso. En la mayoría de los lugares en Romanos, la “ira” ha tratado con el juicio final, pero aquí es la ira continua de Dios que trae justicia a su pueblo maltratado y oprimido. La justicia de Dios contra el pecado presente anticipa el momento final de la historia humana, cuando tal comportamiento depravado será erradicado de una vez por todas. Dios determinará cuándo se corregirán tales errores, ya sea ahora o más tarde o hasta el regreso de Cristo. Nuestra tarea es colocar todas las injusticias en su mano y permitirle decidir cuándo reivindicarnos.

Para anclar este mandato crítico, Pablo cita a Deuteronomio 32:35: “Mía es la venganza; yo pagaré”. Esto aparece cerca del final del cantar de Moisés, donde Yahvé promete que reivindicará a su pueblo y vengará su sangre. El punto de Pablo

aquí es que solo Dios tiene el derecho de vengar el mal y la rectitud moral de hacerlo correctamente. Esto es difícil de hacer, ya que va en contra de nuestro deseo humano de venganza. La persona merece sufrir, pero “pagar ... mal por mal” (v. 17) no nos hará mejores que el que nos hizo daño en primer lugar. La única respuesta es dejar la venganza a Dios. El medio por el cual podemos hacer esto es a través de una petición que deje la venganza a Dios y le pida que traiga justicia para nosotros. Esto se ejemplifica en los “salmos imprecatorios” (Salmo 12; 35; 52; 57–59; 69; 70; 83; 109; 137; 140), y también en Apocalipsis 6:10, “¿Hasta cuándo Soberano Señor, santo y veraz, seguirás sin juzgar a los habitantes de la tierra y sin vengar nuestra muerte?”. Este tipo de oraciones no son producto de una ética antigua que era sub cristiana. En realidad, dejan la venganza a Dios en lugar de tomarla en su propia mano, le piden a Dios que haga lo que ha prometido aquí: “pagar” el dolor. No es tanto una represalia sino una vindicación lo que el hijo de Dios herido está buscando. Este clamor por la justicia no es un fin en sí mismo, sino un medio para un fin. Cuando dejamos el dolor y la venganza a Dios, sabiendo que efectivamente él hará justicia, encontramos la fuerza para perdonar a quienes no lo merecen y para liberarnos de una vida de amargura.

Alimenta a tu enemigo: ascuas de fuego amontonarás en su cabeza (12:20)

Con el deseo de venganza detrás de nosotros, Pablo dice que podemos cumplir con el siguiente aspecto de su requerimiento: hacer el bien y mostrar amor a nuestros enemigos (vv. 9, 14, 17). Se dirige a Proverbios 25:21–22 para anclar esto: “«Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber”. La comida y la bebida son frecuentes símbolos bíblicos de buenas obras, y Jesús en su Sermón de la Llanura (el equivalente de Lucas al Sermón del Monte) tenía una lista completa de cosas concretas para hacer y así mostrar amor a los enemigos (Lucas 6:27–36). Si hemos cedido todos los pensamientos de venganza a Dios, somos libres de hacer lo inesperado: devolver el bien por el mal que se nos da. Se nos pide que demostremos amor a nuestros enemigos a través de actos de bondad, pero Jesús hizo mucho más que esto: “cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5:8). Esto nos da un modelo para el resto de nuestras vidas.

Los académicos están divididos sobre el significado de la siguiente frase de Pablo: “Actuando así, harás que se avergüence de su conducta” [literalmente ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza]. Podría referirse a condenar la vergüenza causada por las buenas acciones cuando son devueltas por malas acciones, o al juicio de Dios derramado sobre las cabezas de nuestros enemigos por el mal que han hecho. No creo que aquí solo se refiera a una u otra, sino a ambas cosas. Ambas interpretaciones se ajustan tanto a las imágenes bíblicas como al contexto. El fuego es un símbolo frecuente de juicio, y las buenas obras a menudo convencen a las personas de sus pecados y provocan la conversión.

Las dos interpretaciones, vergüenza y juicio, describen los dos resultados dependiendo de cómo respondan los perpetradores a las buenas acciones que les hacen. Si responden con vergüenza y conversión, Dios los perdona y los salva. Si rechazan la bondad, Dios derrama su juicio sobre ellos. Este pasaje bien puede proporcionar un aspecto faltante de 1 Pedro 2:12, en el que los pecadores ven las buenas obras de los creyentes y “glorifican a Dios en el día de salvación”, asumiendo su conversión. Esto deja en claro que las buenas obras traen convicción y vergüenza por sus actos malvados, lo que lleva a su conversión. Los que se niegan a arrepentirse están bajo el juicio divino.

Conclusión: venzan el mal con el bien (12:21)

Esta sección culmina con el mandato de “No te dejes vencer por el mal; al contrario, vence el mal con el bien”. Este tema ha resonado en Romanos 12: “odio ... mal” y “aferrarse al ... bien” (v. 9), “bendice” en lugar de “maldecir” perseguidores (v. 14), buscar la paz (v. 18) y dejarle la venganza a Dios (v. 19). Especialmente cuando damos comida y bebida a nuestros enemigos (v. 20), vencemos sus malas acciones con el bien. Si buscamos venganza y agregamos nuestros actos malvados a los de ellos, entonces el mal perpetrado contra nosotros nos conquistará y nos convertirá en réplicas de nuestro enemigo. Puede que tengamos la satisfacción de “ganar”, pero en realidad habremos perdido todo.

Puede haber un doble significado aquí también. Ser “vencido por el mal” podría referirse tanto al acto malvado perpetrado contra nosotros como a la amargura malvada en nuestro propio corazón. Juan 16:33 habla de vencer al mundo, y en Apocalipsis 2–3 cada una de las cartas a las siete iglesias termina con una promesa al “vencedor” (NVI “al que salga vencedor”, 2:7, 11, 17, 26; 3:5, 12, 21). Al pagar a la persona malvada con bondad, el seguidor de Cristo se convierte en un vencedor en la carrera de la vida.

Este pasaje es casi equivalente a 1 Corintios 13 en la profundidad de su descripción del amor en el núcleo de la familia de la iglesia. En las relaciones con otros creyentes y no creyentes, el amor es un profundo compromiso y preocupación por quienes nos rodean. Nos dedicamos por completo a apoyar a otros y hacerlos sentir queridos y apreciados, y al mismo tiempo servimos a Dios con todas nuestras fuerzas al permitir que el amor reine en nosotros. El uno fluye hacia el otro, a medida que nuestro servicio a Cristo se refleja y se hace real en nuestro servicio a su pueblo.

Estos versículos son una guía para la verdadera vida cristiana. Casi todo está aquí: cuidar a los demás en un caminar profundo con Cristo, avivarnos por el Espíritu. Nuestro caminar con Cristo y el Espíritu precede a nuestras acciones. Cuando somos fervientes para servir al Señor, es natural servir a nuestros hermanos y hermanas en Cristo, así como a aquellos que aún no se han vuelto a Cristo, incluidos aquellos que nos lastiman. Esto nos permitirá vivir correctamente incluso cuando las pruebas de la vida nos abruman, porque nuestro gozo en Cristo y nuestra capacidad de perseverar en tiempos difíciles nos permitirán vivir triunfalmente en las buenas y en las malas.

Nuestro servicio al Señor no solo se ejemplifica en nuestro ministerio a la iglesia. También se refleja en la forma en que tratamos a los incrédulos, incluso a nuestros perseguidores. Nuestra preocupación no debe ser de vengarnos, sino de ser

los canales de bendición de Dios para ellos, que sin duda significa principalmente oraciones por su conversión. Aquí vivimos en armonía y hacemos el bien a todos los que nos rodean, pero especialmente a nuestros hermanos y hermanas en Cristo.

Todos hemos sido profundamente heridos en nuestra vida, y en algunos casos no hemos olvidado ni perdonado el acto despreciable cometido contra nosotros. Este pasaje hace que sea esencial hacerlo pronto, tanto por nuestro bien como por el bien del reino. Debemos estar listos para tomar el modelo de Cristo y aplicar su perdón a nosotros a nuestro perdón por los demás. Es un requisito del reino, porque el testimonio de la iglesia en el mundo está en juego. Nuestra propia paz mental y el caminar con Cristo se pierde si permitimos que nuestra naturaleza carnal reine. La oración imprecatoria a través de la cual dejamos nuestro deseo de venganza a Dios es una respuesta maravillosa, ya que permite que su corazón perdonador guíe nuestras actitudes.

La bendición del versículo 14 se explica en el versículo 20. Los actos de bondad traen convicción a los corazones y a las mentes de los no salvos, y toman uno de esos caminos. O rechazan la presencia convincente del Espíritu (Juan 16:8–11) y se enfrentan a las brasas del juicio divino, o se vuelven a Dios en respuesta a la convicción ferviente, sienten arrepentimiento y se convierten a una vida en el Señor. Incluso nuestro sufrimiento tiene un propósito redentor: lograr la salvación de nuestros perseguidores. Esto es lo que significa vencer al mal. La clave para esto es una vida de amor, comenzando con el amor de Dios, pasando al triunfo del amor en la iglesia, y finalmente a nuestras relaciones con los no creyentes.

Aporte del expositor de la juventud: *«En medio de una sociedad cada vez más sumida en la violencia, Dios demanda que su pueblo, sea un pueblo de paz, confiando en el justo juicio de Dios, practicando la benignidad, respondiendo con bien al mal».*

1^{er} Título: El joven cristiano como instrumento de paz. Versículo 18. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. (Léase: **Hebreos 12:14**. Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor. — **Romanos 14:19**. Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación.)

(12: 18) Paz-fraternidad-guerra-divisiones: el creyente debe vivir en paz con todos los hombres. Sin embargo, la paz no siempre es posible. Hay dos calificativos.

- **Si es posible**, el creyente debe vivir en paz con todos los hombres. Sin embargo, *no es siempre posible*. Algunas personas son perturbadoras: gruñones, quejumbrosos, buenos para disentir, divisivos, peleadores, egoístas, líderes egocéntricos, buscadores de una imagen, que andan a la caza del poder, belicosos. Algunas personas no tienen interés en vivir en paz con el creyente.

- **En cuanto dependa de vosotros**, el creyente debe vivir en paz con todos los hombres. El creyente debe trabajar por la paz cuanto le sea posible. Algún nivel de armonía y concordia se puede lograr por lo menos por algún tiempo. El creyente nunca debe darse por vencido, no mientras haya esperanzas de tener algún grado de paz. Debe lograr cuanta paz le sea posible. Sin embargo, la paz no siempre es posible con todos.

Ahora note dos puntos significativos que merecen una cuidadosa consideración y reflexión por parte de todo creyente.

—1. La causa del conflicto no debe venir del creyente. Debe tratar, por todos los medios posibles, de traer la paz y mantener la paz (Ro. 12:20; e p. M t. 5:39-41). Sin embargo, esto podría ser imposible debido a la maldad de otros o porque el control de la paz no está en sus manos. Es posible que algunos no vivan apaciblemente. Siguen dando rienda suelta a cada capricho y llevan una vida de repugnante libertinaje. Ese tipo de vida a menudo amenaza la paz y la seguridad, la preservación y la vida de uno, de la familia y de los amigos.

—2. ¿Qué es lo que determina si un creyente debe volver la otra mejilla o defenderse? Por ejemplo, Jesús pasó su vida combatiendo la maldad y el pecado, y no siempre puso la otra mejilla (Jn. 19:22-23); tampoco lo hizo Pablo (Hch. 23:2-3). Pablo exhortaba a los creyentes a no permitir el libertinaje y era estricto en el mandato. Por ejemplo, dijo que, si por pereza un hombre no trabaja, no debe comer (2 Ts. 3:7, 10).

El principio directriz para el creyente es claro: «No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal» (Ro. 12:21). Hay ocasiones en que un atacante, si le permitimos continuar atacando, se siente estimulado en su mala naturaleza de desenfreno y libertinaje. Si se le permite continuar, su mal vence al creyente, ya sea desde *adentro* por la amargura y el deseo de venganza, o desde *afuera* tomando el dominio. Así, el creyente no debe sacrificar la verdad para preservar la paz. No se debe permitir que el mal venza a la verdad.

«SI el espíritu del príncipe se exaltare contra ti, no dejes tu lugar; porque la mansedumbre hará cesar grandes ofensas» (Ec. 10:4).

«SI es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres» (Ro. 12:18).

«Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación» (Ro. 14:19).

«Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor». (He. 12:14).

(Hebreos 12:14) Creyente, deber — Paz — Santidad: El gran deber del creyente es seguir la paz y la santidad. La palabra “seguir” (diokete) significa correr detrás de, rastrear, buscar y perseguir. Da la idea de rapidez y resistencia, de perseguir acaloradamente y mantenerse detrás de la paz y la santidad. Vivimos en un mundo que está lleno de personas malas y corruptibles a quienes les importa un bledo la paz y la santidad y así consiguen lo que quieren. Sin embargo, el

creyente no debe darse por vencido, porque tanto la paz como la santidad son las razones mismas por la que está en la tierra. El peligro del creyente tiene dos aspectos.

—1. El creyente debe seguir la paz (eirenen) con todos los hombres. El hecho de que tenga que seguir la paz quiere decir que la paz no siempre es posible alcanzarla.

=> Algunas personas en la iglesia son alborotadoras: que rezongan, se quejan, murmuran y critican. Algunas son líderes egocéntricos llenas de orgullo; algunas personas en la iglesia son egoístas y egocéntricas y se preocupan más por salir adelante y hacer lo que les parezca que por la paz. El “yo” se pone delante de Cristo, de la iglesia y de su misión.

=> Algunas personas del mundo son alborotadoras y le causan grandes problemas al creyente. Se oponen al creyente: lo ridiculizan, vituperan, se burlan de él, lo maldicen, abusan de él, lo persiguen, lo ignoran, y lo aíslan.

=> Algunas personas del mundo son alborotadoras del mundo: disidentes, divisoras, luchadoras, buscadoras de ego, edificadoras de poder, y belicistas. Algunas personas no tienen interés en la paz cualquiera que sea, a menos que puedan hacer su voluntad.

Sucede lo siguiente: El creyente debe seguir la paz con todos los hombres, no importa quiénes sean. El propósito mismo para que el creyente esté en la tierra es traer paz entre los hombres y Dios y entre los hombres y todos los hombres. Por ende, el creyente debe hacer todo cuanto pueda para vivir en paz con todos y para guiar a otros a vivir en paz.

El creyente debe vivir en paz con todos los hombres. El creyente debe obrar por la paz tanto como le sea posible. Algunas veces se puede alcanzar cierto nivel de armonía y concordia. El creyente nunca debe darse por vencido, no mientras quede esperanza para cierto grado de paz. Él debe lograr tanta paz como sea posible. Sin embargo, recuerden, la paz no siempre es posible alcanzarla, no con todo el mundo.

Ahora note dos elementos significativos que todo creyente necesita considerar cuidadosamente.

— a. La causa del conflicto no debe surgir de un creyente. Él debe intentar todo cuanto sea posible para traer paz y para mantenerla (Ro. 12:20; cp. Mt. 5:39-41). Sin embargo, puede que sea imposible por la perversidad de otros o porque no está en sus manos el control de la paz. Es posible que algunos no vivan apaciblemente. Continúan permitiéndose cada capricho y llevan una vida licenciosa y repugnante. Tal modo de vida con frecuencia amenaza la paz y la seguridad, la preservación y la vida de uno mismo y los familiares y amigos.

— b. ¿Qué es lo que determina si un creyente debe ofrecer la “otra mejilla” o defenderse? Por ejemplo, Jesús pasó su vida combatiendo el mal y lo mal hecho, pero no siempre ofreció la otra mejilla (Jn. 18:22-23); tampoco Pablo (Hch. 23:2-3). Pablo alentó al creyente a no permitirle licencias a nadie, y fue estricto en su mandamiento. Por ejemplo, él dijo que, si un hombre no trabajaba por holgazanería, no debía comer (2 Ts. 3:7, 10).

Queda claro el principio rector para el creyente: “no seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal” (Ro. 12:21). Hay momentos en los que, si permitimos al agresor continuar con el ataque, se siente alentado en su naturaleza perversa de indulgencia y licencia. Si se le permite continuar, su mal vence al creyente, ya sea internamente a través de la amargura y la venganza o externamente a través de la dominación. Por eso, un creyente no debe sacrificar la verdad a fin de preservar la paz. Al mal no se le permite vencer la verdad.

“Si el espíritu del príncipe se exaltare contra ti, no dejes tu lugar; porque la mansedumbre hará cesar grandes ofensas” (Ec. 10:4).

“Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres” (Ro. 12:18).

“Así que, sigamos lo que contribuye a la paz y a la mutua edificación” (Ro. 14:19).

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14).

—2. El creyente debe seguir la “santidad” (hagiasmon). La palabra significa santificación, consagración y separación. Significa estar apartado y ser diferente. El significado original de santidad es ser diferente. El creyente debe ser diferente de los incrédulos del mundo ya que él...

■ está apartado para Dios y solo para Él.

■ está separado del mundo y sus placeres y posesiones.

El creyente, claro está, vive en el mundo. Él anda y se mueve en el mundo; compra, come, y duerme en el mundo. Trabaja, juega y se alberga en el mundo. Se relaciona, asocia y confraterniza en el mundo. Sin embargo, el creyente debe no ser del mundo. Él no debe ser poseído por el mundo, esclavizado por sus placeres y posesiones. ¿Qué quiere decir esto? Explicado de manera sencilla, el creyente no debe permitirle ni darle licencias a su carne:

=> Él no debe comprar y comprar, él no debe ser materialista.

=> Él no debe comer y comer, él no debe ser glotón.

=> Él no debe dormir y dormir, él no debe ser perezoso.

=> Él no debe trabajar y trabajar, él no debe ser adicto al trabajo.

=> Él no debe jugar y jugar, él no debe sobreestimar la recreación.

=> Él no debe tener casa tras casa, él no debe acumular riquezas en un mundo de necesidades desesperadas.

=> Él no debe confraternizar y confraternizar, él no debe descuidar el deber.

El creyente debe estar separado del mundo y sus placeres y posesiones. Debe estar apartado para Dios, viviendo para Dios y sirviéndole en su gran misión. El creyente debe satisfacer las necesidades de un mundo desesperado que muere del pecado, la enfermedad, el hambre y la guerra. El creyente debe ser diferente del resto del mundo, debe seguir la santidad.

Nota: Este versículo declara que nadie verá al Señor a menos que sea santo. La santidad es un punto absolutamente esencial si una persona va a vivir con Dios (vea el Estudio a fondo 1, Santo, 1 P. 1:15-16 para un mayor análisis).

“Así que, amados, puesto que tenemos tales promesas, limpiémonos de toda contaminación de carne y de espíritu, perfeccionando la santidad en el temor de Dios” (2 Co. 7:1).

“y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Ef. 4:24).

“Seguid la paz con todos, y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor” (He. 12:14).

“si no, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir; porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo” (1 P. 1:15-16).

“Puesto que todas estas cosas han de ser deshechas, icómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir” (2 P. 3:11).

Romanos (14:19): Paz y edificación mutua

Después de discutir las implicaciones de sus luchas internas y la necesidad de otro camino para sus energías, Pablo vuelve a exhortar y les dice lo que deben hacer: “Por lo tanto, esforcémonos por promover todo lo que conduzca a la paz y a la mutua edificación”.

La realidad del reino de Dios en medio de ellos exige armonía entre los diversos grupos que componen la iglesia. El verbo traducido “esforcémonos” es *diōkōmen*, que en el presente continuo tiene la idea de un esfuerzo incesante para producir una cosa. La iglesia está sumida en conflictos y mala teología, entonces se necesitará una gran cantidad de trabajo guiado por el Espíritu para que las cosas avancen en la dirección correcta.

La idea de buscar la paz es frecuente en el Nuevo Testamento. Es un aspecto esencial de la vida en el Espíritu. El punto de Pablo es que la paz en la comunidad requiere una energía muy grande, por lo que deben perseguirla con todo lo que poseen y hacerlo bajo la fuerza que el Espíritu les proporciona. Los fuertes hasta ahora han sacrificado la paz por su libertad cristiana.

La paz se logra al perseguir las cosas que contribuyen a la “mutua edificación”. Si los fuertes trabajaran para edificar a los débiles en lugar de hacer alarde de su libertad religiosa frente a ellos, la paz sería la consecuencia natural. Pablo dice esto bien en Efesios 4:12–13, donde los líderes deben “a fin de capacitar al pueblo de Dios para la obra de servicio, para edificar el cuerpo de Cristo. De este modo, todos llegaremos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a una humanidad perfecta que se conforme a la plena estatura de Cristo”.

Esto se hace individualmente a través de la consejería, pero es probable que Pablo piense colectivamente en toda la iglesia con su enfoque transformado para centrarse en el pueblo unido de Dios que crece en Cristo. Los débiles y los fuertes deben dejar de enfocarse en ganar el debate y centrarse en edificarse mutuamente en Cristo para lograr la paz y una adoración y alegría unidas en Cristo.

2º Título: Exhortación a confiar en el justo juicio de Dios. Versículo 19. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. **(Léase: Proverbios 20:22.** No digas: Yo me vengaré; Espera a Jehová, y él te salvará. — **2ª a los Tesalonicenses 1:6 al 8.** Porque es justo delante de Dios pagar con tribulación a los que os atribulan, y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo.).

(12:19) Venganza-represalia-desquite: el creyente no debe dar lugar a una venganza. Hay tres razones para este mandato.

— 1. La venganza pertenece a Dios. Note las palabras: «Amados míos». La exhortación está específicamente dirigida a los creyentes. Sería una cosa maravillosa *si todos los hombres* practicasen esta regla y viviesen por ella, pero el mundo nunca ha vivido ni vivirá libre de la venganza. Sin embargo, los *amados* de Dios no tienen elección. Toda persona que sigue a Dios debe dejar la venganza a Dios. La venganza pertenece a Dios, no al hombre. Ningún hombre tiene el derecho de condenar a otro en un juicio personal; no tiene derecho a la venganza personal. El derecho de juzgar y ejecutar la venganza es de Dios y solamente de Dios. Sin embargo, las Escrituras son claras: Dios dará el pago; Dios ejecutará la venganza. El día de su ira ya viene y será ineludible.

«No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la Ira de Dios; porque escrito está: mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor» (Ro. 12:19).

«Y a vosotros que sois atribulados, daros reposo con nosotros, cuando se manifieste el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios, ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo» (2 Ts. 1:7-8).

«Pues conocemos al que dijo: Mía es la venganza, yo daré el pago, dice el Señor. Y otra vez: El Señor juzgará a su pueblo» (He. 10:30).

«Mía es la venganza y la retribución; a su tiempo su pie resbalará, porque el día de su aflicción está cercano. Y lo que les está preparado se apresura» (Dt. 32:35).

«Jehová, Dios de las venganzas, Dios de las venganzas, muéstrate» (Sal. 94:1).

Proverbios 20: El tema de la venganza en el v. 22 es uno muy delicado dentro de las Escrituras, porque por un lado se buscaba la justicia, pero por otro lado la reformación del malhechor (ver 16:7; 17:13; 24:17, 18, esp. v. 29; 25:21, 22).

Espera a Jehovah no significa “guiñar el ojo” o hacer la vista gorda (ver 6:13), ignorando así el mal. Al contrario, Dios es justo y santo, y no se lo puede burlar (ver Gál. 6:7–10). Dios le hace a uno responsable por sus hechos (ver Apoc. 20:12), pero solo él puede juzgar en una manera totalmente recta. Además, todos somos pecadores (Rom. 3:23). Se puede recordar la actitud vengativa de Absalón hacia Amnón (ver 2 Sam. 13:22 ss.) y todo el daño hecho a toda la familia y al reino (p. ej. la desgracia de la familia real, la guerra civil, etc.). Mejor esperar la acción de Dios y ver cómo él es nuestro auxilio. Los verbos en piel muestran la intensidad del movimiento del texto. Pablo exhorta: Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal; en cambio, procurad siempre lo bueno los unos para los otros y para con todos (1 Tes. 5:15). Esta actitud es atacada por Elie Wiesel, un sobreviviente del campo nazi de la concentración y Premio Nobel de Literatura, quien rechaza tal “espera” en Dios.

2ª a los Tesalonicenses 1:6 al 8: [6, 7]. (decimos, el justo juicio de Dios) si, en verdad, (es) justo en la opinión de Dios (como ciertamente lo es) recompensar con aflicciones a los que os afligen, y (conceder) a vosotros que sois afligidos reposo con nosotros en la revelación del Señor Jesús desde el cielo. Aquí Pablo muestra que el bondadoso propósito de Dios con respecto a los tesalonicenses (juzgarles dignos de entrar al reino) está en armonía con el principio básico de recompensa, conforme al cual los que persiguen al pueblo de Dios sufrirán castigo, y los que son perseguidos por su fe recibirán el galardón.

El apóstol está tan profundamente convencido del absolutamente indiscutible carácter de este principio básico, que puede decir, “Si ...” Obsérvese, sin embargo, que no dice simplemente, “si”, sino “¡Si, en verdad!” (εἴη), y que la condición se supone ser cierta (oración condicional de primera clase). De ahí que, para dar a entender claramente toda la fuerza del original, se debe añadir a las palabras “Si, en verdad, (es) justo en la opinión de Dios” algo semejante a, “como ciertamente lo es”.

Aún hoy día hacemos uso de *tales* cláusulas (iniciadas con “si”) vez tras vez. Las usamos cuando estamos seguros que la declaración incluida en la “si” cláusula es indiscutible; por ejemplo:

“Si el sol salió ayer, saldrá mañana”.

“Si soy pobre, no soy deshonesto”.

“Si la correspondencia fue despachada ayer, será despachada hoy”. En cada caso ese “si” significa “con la segura suposición que”.

Por lo tanto, el sentido de los versículos 6 y 7 en relación al versículo 5b es: “Con la segura suposición que es la ley divina que el perseguidor sea castigado y el perseguido recompensado, Dios os recompensará a vosotros en el día del juicio que vendrá, juzgándoos dignos de entrar en su glorioso reino”.

La justicia de Dios se manifiesta en un doble aspecto. Por un lado, es *retributiva*: Dios *recompensa* (*da en retorno*; véase 1 Tesalonicenses 3:9) con *aflicciones* (véase C.N.T. sobre Juan 16:33) a quienes afligen a los creyentes. Por otro lado, es *remunerativa*: concede *reposo* (ἀνεσθαι, de ἀνεσις, literalmente, *cese*), a los que están padeciendo aflicción, grato *alivio* (2 Co. 2:13; 7:5; 8:13) de todas las penalidades que han soportado por causa de su valiente lucha por la verdad.

En forma conmovedora se hace uso de las palabras de tal modo que la asociación con otros *en el sufrimiento* por la causa de Cristo (obsérvese el versículo 5: “vosotros, también, estáis sufriendo”) está equilibrada por la asociación con otros *en el disfrute del reposo* (“reposo *con nosotros*”, es decir, con Pablo, Silas, Timoteo, y, por supuesto, con todos los otros creyentes).

El reposo—libertad de toda forma de esclavitud, y eterna paz en la presencia del Dios de amor— será concedido a los creyentes “en la revelación del Señor Jesús desde el cielo”.

Pablo está encariñado con esta palabra *revelación* (ἀποκάλυψις, literalmente *el descubrir, el descubrir el velo*). A menudo la usa en el sentido de la revelación de la verdad divina (Ro. 2:5; 16:15; 1 Co. 14:6, 26; 2 Co. 12:1, 7; Gá. 1:12; Ef. 3:3). En el caso presente, sin embargo, el término tiene referencia a la gloriosa manifestación del Señor en su segunda venida. Así también en 1 Corintios 1:7. Entonces el velo que actualmente le esconde de nuestra vista será quitado, porque le veremos en su descenso majestuoso *desde el cielo* (véase 1 Ts. 4:16). La expresión “en la revelación del Señor Jesús desde el cielo” significa “cuando el Señor Jesús sea revelado, viniendo desde el cielo”. Esta es la Parousía (véase sobre 1 Ts. 2:19; véase Jn. 21:1). **Con los ángeles de su poder en fuego flameante** (“en fuego de llama” = “fuego flameante” es tal vez la mejor traducción; contrástese con Hch. 7:30 “llama de fuego”).

El hecho de que el Señor en su regreso vendrá acompañado por los ángeles (en quienes su poder se hace manifiesto) había sido proclamado por Jesús mismo (Mt. 13:41, 42; 25:31; cf. Jud. 15; Ap. 14:19). La función de ellos será doble: “primero, recoger la maleza, atándola en manojos para ser quemada”, y también “recoger el trigo dentro de mi (del Señor) granero”.

La adición de la frase “en fuego flameante” indica la santidad del Señor manifestada en juicio (cf. Ex. 3:2; 19:16–20; Is. 29:6; 66:15, 16; Sal. 50:3; 97:3). El pasaje que debe haber estado vívidamente presente en la conciencia de Pablo cuando escribió es Isaías 66:15, 16:

“Pues he aquí, Jehová vendrá con fuego, y sus carros serán como torbellino; para descargar su ira con indignación, y su reprensión con llamas de fuego. Porque con fuego Jehová ejecutará juicio ...”

El cuadro es muy vívido. Casi podemos ver las huestes angélicas, el Señor mismo en el centro. Además, éste no es meramente un cuadro; ¡es la realidad! De ningún modo se ha establecido que la masa de fuego con sus lenguas de llamas lanzadas en todas direcciones sea un “mero” símbolo del juicio. Sin duda, no será hasta que estos sucesos se conviertan

en historia real que sabremos cuánto de esta descripción debe ser tomado literalmente y cuánto figurativamente; por lo demás, es inútil especular. Por otro lado, también es verdad que el vidente de Patmos describe como en la venida de Cristo la tierra y el cielo huyeron (Ap. 20:11); y 2 P. 3:7, 11, 12 declara que el universo será purgado completamente por la gran conflagración (“los cielos siendo incendiados serán disueltos, y los elementos se fundirán con ardiente calor”). Pretender explicar la frase “en fuego flameante” como indicando que las huestes de ángeles que descienden serán por sí mismas un fuego flamante, no es satisfactorio. El “en” es de investidura: la hueste—con Cristo dirigiendo en el centro—está investida en, rodeada por, fuego. Las tres frases proposicionales son claramente paralelas. La revelación del Señor Jesús es:

- a. desde el cielo
- b. con los ángeles de su poder
- c. en llama flameante.

Hablar de un *mero* símbolo en tal relación nunca es correcto. La realidad que responde al símbolo es siempre mucho más terrible (o mucho más gloriosa) que el símbolo mismo. El lenguaje humano es forzado casi hasta lo imposible a fin de expresar el terrible carácter de la venida del Señor en relación con los malvados:

[vers. 8]. infligiendo venganza sobre los que no conocen a Dios, aun sobre los que no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús. El Señor viene con el fin de “infligir venganza” (cf. Dt. 32:35; Is. 59:17; Ez. 25:14). ¿Sobre quiénes?

Hay dos posibles respuestas dependientes de la traducción adoptada, ya sea “infligiendo venganza sobre los que no conocen a Dios, *y sobre los* que no obedecen el evangelio del Señor Jesús”, o “infligiendo venganza sobre los que no conocen a Dios, *es decir sobre los* que no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesús”. En el primer caso se indican dos clases: a. paganos que nunca han oído el evangelio y b. judíos y paganos que han rechazado el evangelio. En el segundo caso se hace referencia solamente a una clase, es decir, a los que, habiendo oído el evangelio, rehusan obedecerlo. En vista del hecho de que en todo el contexto no existe alusión alguna al pagano en tinieblas que ha estado ajeno al mensaje de salvación, y que los que preocupan definitivamente la mente del apóstol son aquellos que con voluntariosa desobediencia persiguen a los hijos de Dios (véase versículos 4, 6, 9), aceptamos la última alternativa.

El pecado de los perseguidores no era ignorancia del evangelio sino desobediencia a él. Es cierto que aquí a los malvados se les describe como “los que *no conocen a Dios*”. Es decir, no le conocen como su propio Dios. No invocan su nombre. Le odian; por lo tanto, también odian *su evangelio* (el evangelio que le proclama, y a la vez es proclamado por él. Cf. Jer. 10:25; luego C.N.T. sobre Juan 7:17; 2 Ts. 3:14; Ro. 10:16).

3^{er} Título: Actitud benigna, un deber del creyente frente a sus enemigos. Versículos 20 y 21. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal. (**Léase: Proverbios 25:21 y 22.** Si el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan, Y si tuviere sed, dale de beber agua; Porque ascuas amontonarás sobre su cabeza, Y Jehová te lo pagará.; — **1^a a los Tesalonicenses 5:15.** Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos.).

(12:20-21) Venganza-represalia-desquite: el creyente no debe dar lugar a una venganza. Hay tres razones para este mandato.

— 2. El tratar a un enemigo con bondad le afectará enormemente. Al hacerlo, el creyente amontona «ascuas de fuego» sobre la cabeza del enemigo. Esto significa por lo menos dos cosas.

-a. La bondad avergonzará al enemigo y le causará angustia. En sus momentos de soledad, sus pensamientos volverán al maltrato dado a los creyentes y le llevarán a meditar en Dios y a maravillarse de Él. Hay alguna oportunidad para que el enemigo se arrepienta y se convierta.

«Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza» (Ro. 12:20).

«SI el que te aborrece tuviere hambre, dale de comer pan, y si tuviere sed, dale de beber agua; porque ascuas amontonarás sobre su cabeza, y Jehová te lo pagará» (Pr. 25:21-22).

-b. La bondad acumulará ira contra el malhechor para el día del juicio. Si reprime sus pensamientos de Dios y se endurece más y más y sigue dando maltrato al pueblo de Dios, entonces acumula más y más ira contra sí en el terrible día del juicio.

«Pero por tu dureza y por tu corazón no arrepentido, atesoras para ti mismo ira para el día de la Ira y de la revelación del justo juicio de Dios» (Ro. 2:5).

— 3. La represalia concede la victoria al mal. Si el creyente toma la venganza en sus manos, entonces permite que el mal le venza, y esto no debe hacerlo jamás. El creyente debe vencer el mal, y no debe dejar jamás que el mal le venza. Note cómo vence el mal: haciendo el bien. Vence el mal haciendo lo que debe hacer, en particular, haciendo bien a los que lo maltrataron y abusaron de él.

«Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos» (Mt. 5:39-41)

«Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen» (Mt. 5:44).

«Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, ni deis lugar al diablo» (Ef. 4:26-27).

«Mirad que ninguno pague a otro mal por mal; antes seguid siempre lo bueno unos para con otros, y para con todos» (1 Ts. 5:15).

Proverbios 25:21-22. Los vv. 21 y 22 tratan la relación entre el oyente y el *enemigo* (“aborrecer” u “odiar”, como en 6:16). El *enemigo* se encuentra en un estado de extrema necesidad (*hambre y sed*). En vez de aprovechar la situación para quitarle algo o burlarse de él, el oyente ha de ser su auxilio (ver 16:7; 24:17) dando vergüenza al enemigo y recibiendo recompensa de Dios (ver Éxo. 23:4, 5; Deut. 32:35; Heb. 10:30; Rom. 12:20; Mat. 5:43-48; sobre la “recompensa divina” en 6:4, 6, 18).

1ª a los Tesalonicenses 5:15: No solamente es el deber de toda la membresía como iglesia el ejercer esta virtud, paciencia o longanimidad, sino que la hermandad ha de ver que cada miembro individual cultive y manifieste esta gracia con cada uno de los demás. Por lo tanto, prosigue: **Procurad que nadie devuelva a alguien mal por mal, sino siempre id tras lo bueno referente a unos para con otros y referente a todos.** La persona impaciente toma represalias cuando sufre ofensas. “*Da* (ἀποδοῖ: devuelve) mal por mal”. Pablo condena esta práctica (véase también Ro. 12:17, 19; cf. 1 Co. 4:12; 6:7) y así lo hace Pedro (1 P. 3:9), en completa armonía con el mandamiento de Jesús: de amar no solamente a aquellos que nos aman sino aun a aquellos que nos odian y que son, en ese sentido, nuestros enemigos (Mt. 5:44).

No es verdad, sin embargo, que al prohibir el ejercer la venganza personal Jesús establece un principio que era *enteramente* nuevo y en vivo contraste con el espíritu y enseñanza del Antiguo Testamento. El mandamiento—“ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie, quemadura por quemadura, herida por herida, golpe por golpe” (Ex. 21:24, 25; cf. Lv. 24:20; Dt. 19:21)—se refiere a la *pública* administración de la ley en lo criminal (véase Lv. 24:14), y fue promulgada a fin de impedir la práctica de buscar venganza en forma *personal*. A lo que Jesús se opone en Mt. 5:38-42 no es a la ley del Antiguo Testamento sino la falsa interpretación farisaica. Lo que el Señor enseñó, y que Pablo en esencia repite, está *totalmente en armonía* con (y es un posterior desarrollo de) pasajes del Antiguo Testamento como Lv. 19:18; Dt. 32:35; Pr. 20:22; y 24:20. En realidad, aquí existe un progreso (i.e. Mt. 5:43-48). Con respecto a esto también, la revelación es progresiva. La idea de que jamás debe volverse *a persona alguna* mal por mal, nunca fue expresada en forma más notable como lo fue por Jesús cuando dijo, “Amad a vuestros enemigos”. Aun en este aspecto Jesús “vino a cumplir” la ley (Mt. 5:17), y también en este aspecto Pablo (aquí en 1 Ts. 5:15) pone en vigor un principio derivado del Señor.

En lugar de “volver mal por mal”, es deber del creyente ir tras lo que es *bueno*—es decir, *beneficioso*—, y esto sólo en relación del uno al otro (creyentes entre sí) sino aun en relación con todos (tanto creyentes como no creyentes; cf. 3:12). Este bien que los creyentes deben *perseguir* (buscar intensamente) es el *amor*, según se ve claro comparando el presente pasaje con 3:12; Ro. 13:10 y 1 Co. 14:1.

Amén, para la honra y gloria de Dios.